

Rafael Courtoisie

Rafael Courtoisie rcourt@adinet.com.uy
Poeta uruguayo.

Gramma

Universidad del Salvador, Argentina

ISSN: 1850-0153

ISSN-e: 1850-0161

Periodicidad: Bianaual

vol. 32, núm. 66, 2021

revista.gramma@usal.edu.ar

POESÍA Y CARACOL

«La poesía es un caracol nocturno en un rectángulo de agua». Estas palabras húmedas, untuosas, lentas, provienen del poeta cubano José Lezama Lima.

La imagen es convocada con harta frecuencia para explicar lo inexplicable, para dar cuenta de una extraña posesión. De tanto repetirlas el agua comienza a evaporarse y el caracol se fuga dentro de su misterio, se enquistas.

El rectángulo de agua queda seco.

El caracol se va, desaparece.

Si ese caracol nocturno llega a alguna parte es solamente a su centro, a su boca metafísica, que es desde donde partió.

El caracol de la poesía, aunque se dirija a alguna parte en concreto, jamás se aleja de su lugar: el caparazón del universo.

El caracol va al unísono con su saliva.

Si es verdad que se trata del caracol nocturno en un rectángulo de agua, debe olvidarse por un momento al caracol, debe observarse la geometría líquida de la página de agua, su pátina abundante y plana sobre la superficie de todas las cosas.

Es una página ambigua donde la mirada, sin el caracol oscuro, intenta escribir algo en vano, puesto que la misma sustancia abstracta del agua termina por borrar el rastro indeciso del caracol.

Si se piensa el agua sin el caracol, lo que se piensa no es sonido, es nada más que una parte sin la forma.

Son rocas del sentido, menudas partículas que cantan. Pedruscos que el caracol desliza y hace rodar a medida que avanza sin moverse, que se traslada en su sitio mediante la bizarra cinética de su desempeño.

Las motas, las esquirlas semánticas se hunden en el rectángulo de agua.

Son sílabas mojadas, y nada más que tiempo.

PIRÁMIDES, MANZANAS

Hacer un puente partiendo de la mitad exacta del río. Allí, suspendiendo la respiración sobre las aguas oscuras, colocar sobre el abismo el primer tramo que sostendrá la estructura. Apoyándose en el vacío

construir hacia los lados con paciencia, con lentitud, como un funámbulo sin la cuerda, con fe, caminando simultáneamente hasta lograr posar los dos extremos en una tierra que nunca, jamás, será firme.

Después, otros pasarán por el puente y creerán ver en él la servidumbre de ciertas leyes físicas, el efecto de una elocuente ingeniería, cuando en realidad se construyó sobre nada, usando nada y partiendo del sitio menos indicado: del centro.

Con la respiración entrecortada, quienes conocen el secreto de la construcción saben que el mismo principio sostiene desde dentro las pirámides: Teotihuacán está construida sobre los mismos núcleos inasibles, inestables de poesía: posee centros confusos que inventan de lo deshecho su energía, su fuerza mística y permanente, esferas de escombros y tierra en medio de sus moles cubiertas con pieles de piedra, definitivamente blandas e inestables ante el avance de la erosión. Así, perpetuas.

Esos centros de gravedad perduran disolviéndose. Están hechos de una pureza contaminada, inaudita, oscura y viviente. Como en la manzana arrancada y brillante que se exhibe con impudicia en las vitrinas refrigeradas de los supermercados, donde lo único verdaderamente vivo no es la fórmula exacta del colorante artificial, ni la armonía de las curvas que añadió la mutación transgénica, el fertilizante o los residuos organofosforados, los huesos del nitrógeno que esparcen su brillo agrio y mortal, cancerígeno. Lo verdaderamente vivo, lo que late es el gusano diminuto que todavía alienta, la oruga que hiberna en el nudo de la fruta y acabará por comer la belleza desde dentro, dejando entera, flagrante, la cáscara de su vacío.

El agujero en la realidad, la carne perforada de la fruta.

EL PESCADOR DE VERDADES

La verdad es maciza y está hecha de una piedra entera, de una entera forma de ser que cobija a sus criaturas en los pliegues de su interioridad y se distingue de otras porque está viva y fecunda.

La verdad es maciza y sin embargo líquida, toma la forma del recipiente que la contiene. Los peces de la verdad, como los peces del agua, nadan en un océano que no tiene forma. Sus cardúmenes de diamante son joyas imprevistas: están aquí o allá o en otra parte, están en ninguna parte, en todas partes, acumulados al borde de su aparición, supuestos inexistentes hasta un momento antes del súbito irrumpir, serenos, enteros, translúcidos, sabios grumos de la profundidad que se elevan a una altura sin espacio.

El pescador, en cambio, está lleno de dudas, de piedras que lo hundan.

EL PEZ FUERA DEL AGUA

Con una soga de luz lo ahorcará el invierno, cuando despunte el sol y en una risa, en una risa aérea comerá de su brillo de escamas, se hará cadencia, paso en el aire, delirio, melodía sin tiempo.

Esqueleto de espinas: sílabas, agujas.

En la orilla, sobre la arena mojada, boquea todavía, poeta: respira mientras puedas.

LIEBRES, PALABRAS

Cada cosa en el mundo vibra con la carne insustancial de su réplica. Las palabras son espejos.

El cazador más infortunado siempre vuelve a su casa con el morral repleto de la palabra «liebre», o de su plural, «liebres». Aunque la bolsa regrese vacía la palabra del cazador siempre cobra su presa. Dispara. No falla. Cae abatida la liebre imaginaria en la tierra y la palabra entra con su carne herida en el morral de cuero, puro sentido, vibración pura, sinécdoque.

Dentro de un grito, en cambio, dentro de un sonido gutural y simple, no parece haber nada más que materia sonora, sustancia elemental, sin forma, de la lengua. Sin embargo, en ese grito están todas las cosas, está el universo con sus piedras austeras, con sus piedras que todo lo repiten y todo lo crean, las palabras.